

LA PERCEPCIÓN CASUAL DEL REGISTRO EN LA CONSTRUCCIÓN DEL PAISAJE NEOLÍTICO

El grado de especialización alcanzado por los grupos humanos desde el epipaleolítico en las actividades de caza y recolección, se traducirá en un mayor control sobre la explotación de los recursos. El desarrollo de la domesticación configurará un largo proceso, en el que la observación de la naturaleza, la experimentación mediante la selección de especies, y en consecuencia el aprendizaje y la transmisión de los conocimientos sobre su control, conlleva la adaptación paulatina a una estrategia de subsistencia basada en esos modos combinados de captación/producción de recursos que se están gestando, y que son insolubles de su propia conceptualización y socialización, lo que deriva en la primera transformación intencionada del medio y por tanto, en el inicio de la creación del paisaje antropizado.

Este complejo proceso ha sido estudiado desde varias ópticas desde que en 1865 Lubbock, indagando sobre la evolución tecnológica del instrumental lítico, propusiera dividir en dos la edad de la piedra del esquema tripartito ya formulado por Thomsen. A medida que se iba conociendo mejor el registro arqueológico, nuevos rasgos materiales, económicos y socio-culturales se irían incorporando al conocimiento de esta etapa arqueológica a la que denominamos neolítico y que llegaría a ser calificada como de “revolución” por Childe. A lo largo de todo el pasado siglo y hasta hoy, el aumento de nuestro conocimiento sobre la cultura material y su posición en el registro, así como la aplicación de nuevas técnicas arqueológicas propias y de otras desarrolladas originalmente para otras disciplinas, han ido configurando teorías explicativas que, desde perspectivas diferentes, han abordado esta etapa. Desde los tradicionales conceptos del paradigma histórico-cultural, pasando por las aportaciones de la arqueología procesual, por las interpretaciones que priman el papel del trabajo y de las relaciones sociales, hasta las propuestas más recientes que plantean enfoques desde lo simbólico e ideológico, el estudio del neolítico ha suscitado ricos debates que los nuevos datos procedentes del registro van enriqueciendo día a día. No entraremos en detalle sobre la manera de entender esta fase de nuestra prehistoria que ya se recoge y analiza de manera amplia en la bibliografía de los últimos años (Vicent, 1988; Bernabeu, Aura, Badal, 1993; Hernando, 1999; Rojo, Kunst, Garrido *et alii*, 2008).

A nuestro modo de ver, el neolítico es, ante todo, un concepto, una etiqueta con la que intentamos acotar temporal y espacialmente nuestra particular y variable percepción sobre un tipo de registro arqueológico, para lo cual hemos ido determinando una serie de rasgos que consideramos como específicos del mismo. El problema radica en que el análisis de las particularidades del registro no constituye una ciencia exacta, ya que de lo contrario, ante los mismos datos deberíamos llegar a conclusiones idénticas. Esto, aunque obvio, explica en gran medida la gran disparidad de criterios seguidos en el análisis de un mismo tipo de registro, y con ello las diferentes visiones explicativas sobre un mismo fenómeno: la percepción de un cambio en los restos bióticos y artefactos que se van documentando en el registro arqueológico, con respecto a una secuencia crono-estratigráfica presuntamente ordenada. Por tanto, usamos el método arqueológico y las diversas interpretaciones percibidas sobre los restos, con la finalidad de aproximarnos a esos cambios, tangibles o intangibles, comparando registros similares y a priori coetáneos. Para ello, seleccionamos primero los rasgos que, previamente, hemos definido como básicos: un determinado tipo de cultura material, la presencia de determinadas especies domésticas y su combinación como parte de un registro que es documentado e interpretado. Tras ello, comparamos nuestro registro con otros hasta alcanzar conclusiones que nos permitirán establecer modelos explicativos locales, regionales o incluso universales. Por tanto, debemos considerar un factor activo en la ecuación al propio investigador, ya que su modo de percibir el registro, íntimamente ligado a su propia experiencia personal, unido a los factores casuales en la documentación del registro, determinarán en gran medida su particular visión sobre el fenómeno estudiado. Esto último, la casualidad del registro es, a nuestro juicio, un agente importante en la percepción que podemos alcanzar sobre un yacimiento dado, y buena prueba de ello es Costamar.

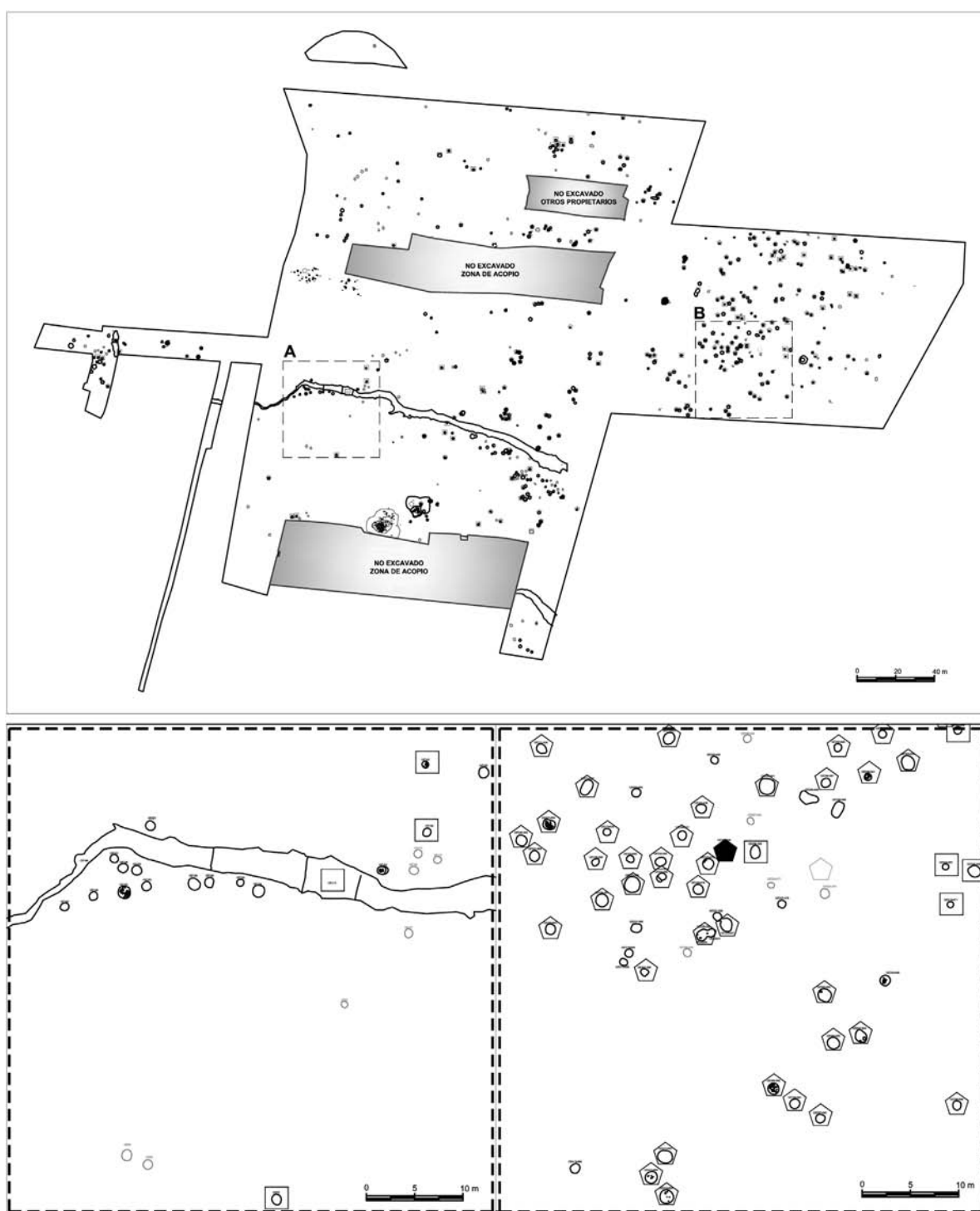


Figura 1.— Localización de las subáreas A y B y vistas de detalle. Las estructuras enmarcadas por un cuadro corresponden a aquellas que han sido asociadas a la fase de cerámicas lisas, mientras que las rodeadas por un pentágono han sido adscritas a una fase definida por la presencia de cerámica inciso-impresa. El pentágono negro se corresponde con una inhumación en posición primaria.

Como ya se ha dicho, las intervenciones han sido el resultado directo de un proyecto urbano, lo que ha llevado consigo una amplia excavación en área que aumentará en el futuro, por lo que nuestra percepción sobre su registro, no solo ha ido cambiando a medida que se sucedían los trabajos de campo y de laboratorio, sino que se verá necesariamente modificada, o cuando menos matizada, en los próximos años. Así, un componente de este cambio de percepción es la propia casualidad en la selección del área de investigación. En la figura 1 podemos ver un ejemplo claro del factor casual en la percepción y posterior interpretación de un registro al que aludíamos.

Sobre el plano del área excavada hasta hoy, se han seleccionado dos subáreas de 50 por 50 metros de lado, o sea, de 2500 metros cuadrados cada una, lo que a priori puede considerarse una extensión considerable que debería permitirnos obtener una muestra del registro bastante cercana a la realidad que estamos estudiando. Para facilitar la lectura de la planta y su interpretación, las estructuras negativas que se encuentran rodeadas por un pentágono se corresponden con aquellas en las que se han documentado cerámicas inciso-impresas (en gris y fondo blanco es una estructura ibérica en la que se recuperó cerámica y lítica de esta fase), mientras que el pentágono negro ubica una inhumación coetánea en posición primaria. Las estructuras que hemos podido asociar a la fase de cerámicas lisas se identifican con un cuadrado, mientras que las estructuras que no han sido enmarcadas son aquellas en las que la presencia de materiales es tan escasa que no ha podido determinarse con seguridad su adscripción a ninguna de las dos fases (neolítico genérico) y las estructuras en gris han sido identificadas como indeterminadas por no contener materiales.

A continuación, consideremos que la intervención arqueológica se hubiese reducido a una de estas dos áreas. En el caso de la subárea A, nos encontramos un espacio significado por la presencia de un foso y, a norte y sur del mismo, se distribuyen hasta 24 estructuras negativas, de forma aproximadamente circular y con diferentes profundidades, pero caracterizadas por la escasa presencia de materiales arqueológicos (de hecho algunas estructuras apenas presentan un par de fragmentos de cerámica o algún resto de malacofauna y otras han sido rellenadas exclusivamente con tierra). Únicamente tres estructuras —enmarcadas por un cuadro— y el propio foso, presentan suficientes restos como para determinar su adscripción a la fase de cerámicas lisas, por la presencia de formas abiertas y bases planas.

En claro contraste con este registro, la subárea B se caracteriza por una mayor concentración de estructuras, 60 en total, en su mayoría asociadas a la fase inciso-impresa, si bien al menos cinco de ellas se adscriben con seguridad a la fase de cerámicas lisas. A ello hay que sumar la gran cantidad y variedad de restos recuperados para las estructuras caracterizadas por la presencia de cerámica inciso-impresa, que además cuentan con una alta presencia de fauna silvestre (entre la que destaca la recuperación de cornamentas de cérvidos y fragmentos de asta), y de doméstica (buey y ovis) así como malacofauna (mayoritariamente patélidos); se documentan igualmente restos líticos en abundancia (sobre todo de carácter laminar), pétreos (molederas y molinos), restos de barro cocido, elementos ornamentales realizados sobre malacología, etc. En cuanto a la cerámica, que ha servido como rasgo básico en la diferenciación de las dos fases, la recuperada en las estructuras asociadas a vasos decorados revelan una gran diversidad, tanto desde el punto de vista formal como en los motivos ornamentales, destacando por su cantidad la estructura 278-531 con un total de 427 fragmentos (con un 14 por ciento de decorados sobre el total, aunque si consideramos únicamente los bordes, los decorados representan el 48 por ciento). Finalmente, identificado en la planta por el polígono negro, en la estructura 285-538 se documentó una inhumación en posición primaria, observándose igualmente en el registro que las cuatro estructuras inmediatas presentan restos de asta de cérvido, siendo la más próxima (325-578) la que contiene una de las cornamentas asociada a un lecho de cenizas y que las dos situadas a menos de cinco metros al oeste destacan por contener un buen número de restos cerámicos.

Como puede deducirse, la percepción ante ambos registros, aún tratándose del mismo yacimiento, condiciona necesariamente la visión explicativa sobre el mismo. Así, aunque para el ejemplo hayamos usado dos subáreas relativamente distantes entre sí, los resultados ofrecidos por el registro de la subárea A habrían variado notablemente si, como revela la figura 2, hubiésemos decidido plantear nuestra investigación escasos metros al noreste (subárea C) ya que, cuando menos, se documentan en esta nueva subárea tres estructuras con presencia de cerámica inciso-impresa, con lo que aspectos como la constatación de dos fases de ocupación diferenciadas modificarían nuestra

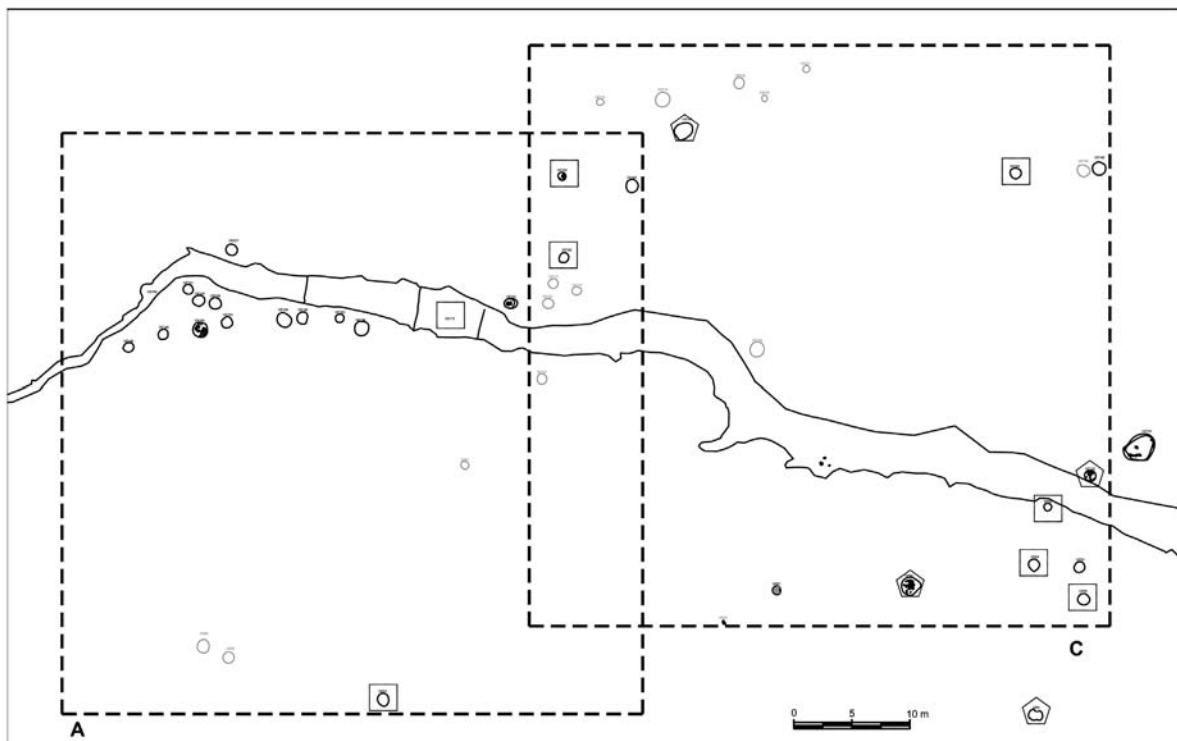


Figura 2.— Nueva variación en la percepción del registro debido al factor casual.

visión cronológica, y como consecuencia directa nos llevaría a nuevos matices sobre la investigación global del modelo local o regional que se estuviese manejando.

Así por ejemplo, a unos 500 metros al este de Costamar, en la misma franja costera formada por la restinga fósil del Prat de Cabanes y sobre una superficie de 6800 metros cuadrados, el Instituto de Arte Rupestre de la Conselleria de Cultura procedió a cartografiar un total de 169 estructuras negativas, encontrándose buena parte de ellas vaciadas por el efecto erosivo del mar. Según el equipo investigador, al menos 124 estructuras presentarían formas y profundidades variables mientras que el resto son interpretadas como agujeros de poste, algunos de ellos, según los propios autores, de atribución dudosa (Guillem, Martínez, Pérez-Jordà *et alii*, 2005, 197). De todas ellas, únicamente tres fueron excavadas. La estructura I, con un diámetro de boca de 110 centímetros y 85 de base, presentaba un único relleno de escasa potencia, 20 centímetros, en cuya base se documentó un interesante hallazgo formado por restos óseos de *Sus domesticus* en posición anatómica, lo que permite deducir a sus excavadores que fueron depositados intencionalmente; dichos restos serían cubiertos con tierra acompañada de "...materials de rebug..." (Guillem, Martínez, Pérez-Jordà *et alii*, 2005, 198), entre los que se recuperaron 41 fragmentos cerámicos, de los cuales nueve son bordes, a lo que se añaden diez efectivos líticos. El análisis carpológico realizado ha permitido documentar trigo (*Triticum aestivum/durum*) y cebada (*Hordeum vulgare* var. *nudum*) habiendo sido documentado también la bellota y el lentisco, posiblemente usados como combustible; los análisis sobre las semillas han permitido obtener una datación por ^{14}C de 2910-2860 BC (calibrada a 2σ). Esta estructura estaba cortada por una segunda de dimensiones similares en la que no se documentaron restos.

En el sector II se excavó la fossa III, cuya "...morfológia original es troba profundament alterada, havent-la conservat no més de forma parcial...", si bien se desconoce la profundidad total de la estructura "...en haber excavat parcialment el reblit (fins a una profunditat d'uns 25 cm).", (Guillem, Martínez, Pérez-Jordà *et alii*, 2005, 198). En ella se documentó un borde cerámico, 28 informes y tres efectivos líticos.

La investigación de esta área, caracterizada por su ubicación sobre la restinga fósil de calca-renitas que se encuentra en buena parte bajo el mar y sepultada al oeste por una playa de arenas y cantos rodados, así como la fuerte erosión provocada sobre las estructuras visibles, nos llevan de nuevo a la percepción casual del registro.

Los trabajos realizados por el Instituto de Arte Rupestre, con los datos aportados en ese momento sobre el registro de la zona, permitían constatar un importante asentamiento al aire libre, por desgracia muy alterado por los efectos erosivos del mar, y que ofrecían una datación para una de sus estructuras en un momento avanzado de la etapa neolítica. Su propia ubicación y las características observadas sobre dicho registro, permitía hablar en ese momento a sus investigadores de un “... *jaciment prehistòric del III mil·leni...*” como se desprende del título del artículo publicado (Guillem, Martínez, Pérez-Jordà *et alii*, 2005). En la actualidad, a la vista de las intervenciones realizadas sobre Costamar, donde se constata que la distribución espacial de las estructuras no es un elemento de diferenciación crono-cultural al existir superposiciones y cortes, no solo de la etapa neolítica sino también de otros periodos prehistóricos e históricos, cabe preguntarse cuántas de las estructuras cartografiadas en el área de la restinga fósil pueden ser adscritas al III milenio y cuántas a fases precedentes o posteriores. Aún más, ciñéndonos al caso concreto de Costamar ¿cuántas de las estructuras que nosotros mismos, a la vista de sus características formales y su inclusión en agrupaciones supuestamente coetáneas, pero que no presentan materiales en su relleno de amortización o estos son muy escasos, son realmente neolíticas? o ¿a qué momento de ocupación de este periodo pertenecen? Obviamente no podemos asegurar que todas las estructuras que hemos definido como “neolítico genérico” puedan ser adscritas con total garantía a alguna de las dos fases documentadas (inciso-impresa/lisa-lisa tosca); de hecho, algunas a las que en el inicio de nuestras investigaciones las habíamos considerado como probablemente neolíticas, la inexistencia de materiales y la aplicación de criterios espaciales como la no pertenencia a una agrupación, nos llevó finalmente a adscribirlas a una “fase indeterminada”, a pesar de que por sus características formales podrían ser incluidas en su gran mayoría en la fase neolítica final.

Por tanto, el factor casual del registro no sólo se ve determinado por el área en la que se ha intervenido, sino también por nuestras propias limitaciones a la hora de valorar el registro cuando éste se reduce a estructuras sin relación estratigráfica comprobada y a su ubicación en el amplio espacio documentado, cosa por otro lado, bastante frecuente en este tipo de yacimientos.

De este modo, y a la espera de obtener más dataciones radiocarbónicas que nos permitan afinar los momentos de ocupación registrados, uno de los principales problemas a los que nos enfrentamos es al de la cronología de este extenso yacimiento. Como ya se ha visto en anteriores apartados, las características tecno-tipológicas de la cerámica, del instrumental lítico y de otros artefactos, confirman una primera ocupación que puede ser encuadrada en los primeros siglos del V milenio cal BC –aunque hasta el momento únicamente contamos con una datación–. Más problemática resulta la constatación de una fase enclavada entre la segunda mitad del IV milenio y los primeros siglos del III milenio, quizás coetánea a la documentada en el área de la restinga fósil, pero cuyo marco cronológico es, de momento, demasiado amplio. Así, la presencia de un mayor o menor número de fragmentos cerámicos pertenecientes a dos producciones bien diferenciadas por sus aspectos morfológicos (pastas con desgrasante fino para las lisas y con un desgrasante muy grueso con presencia de cuarzo y chamota para las toscas) permite observar diferencias espaciales “aparentes” (véase la figura 35 del subapartado “Sincronía y diacronía en Costamar. Las primeras fases de ocupación”) pero no discriminatorias, ya que en ocasiones ambas producciones aparecen formando parte de un mismo contexto; si ha este hecho le añadimos que la escasa industria tallada recuperada tampoco aboga por una clara diferenciación de orden cronológico, deberemos considerarlas, al menos de momento, como pertenecientes a un mismo momento de ocupación.

Si considerar la casualidad del registro es importante, no lo es menos la propia percepción sobre el mismo cuando éste puede estar directamente relacionado con las fases de ocupación de asentamientos cercanos, presumiblemente coetáneos, y que pueden estar reflejando diferentes estrategias de producción/captación. Así por ejemplo, la Cova de Petrolí, ubicada a unos seis kilómetros de Costamar, en plena sierra prelitoral y a una altura de 500 metros, ofrece una secuencia de ocupación que podría estar correlacionada con el área intervenida. Las primeras noticias datan de los años 20, cuando se realizó una exploración en la que se recuperó un fragmento de asa de

cinta decorada con incisiones y un sílex de tipo geométrico que fueron exhibidos en la Exposición Internacional de Barcelona celebrada en 1929. Según las recientes intervenciones efectuadas por el SIAP bajo la dirección de Gustau Aguilera, esta cueva estaría ocupada por “...un grup humà que practica la ramaderia d’ovicàprids, bòvids i suïds...” (Aguilera, 2002-2003, 121) en un momento que ha sido datado, no sin algunas reservas, en 6020±40 BP –5010-4800 cal BC a 2 σ – (Aguilera, 2002-2003, 114, 121). De hecho, el nivel 6 del que procede la muestra de carbón datada (localizada en contacto con el nivel 7 que en el sondeo realizado no presenta ocupación antrópica), presenta fuertes alteraciones de origen hídrico por lo que, como ya advierte Aguilera “*El principal problema que ens trobem amb aquesta fase d’ocupació de la cavitat és la carència de materials i estructures in situ.*” (Aguilera, 2002-2003, 121).

Dado que el segmento temporal de Costamar ofrecido por la datación de la estructura 130 (5965±25 BP, 4934-4786 cal BC a 2 σ) permite suponer que pudieron ser coetáneos, y vistas las semejanzas entre la cultura material (en especial de la cerámica) recuperada en el nivel de Petrolí y la estructura datada de Costamar, podríamos interpretar que la cueva está siendo utilizada en estos momentos iniciales del V milenio por la comunidad que habita en Costamar. Este hecho, fácilmente asumible a la vista de los datos actuales, presenta el problema de la asunción de la coetaneidad entre ambas ocupaciones (aunque existe una coincidencia entre ambos segmentos temporales calibrados a 2 σ , en el caso de Petrolí se trata de una muestra de vida larga), por lo que las inferencias que puedan derivarse respecto del territorio de actividad controlado por la comunidad de Costamar, deberán considerarse como hipotéticas y estarán necesariamente sujetas al terreno de la percepción actual del registro.

NUESTRA PERCEPCIÓN DEL REGISTRO: DEL MEDIO AL PAISAJE

A lo largo de esta compleja fase crono-cultural que denominamos neolítico, se producirán todo tipo de interacciones que, de un modo u otro, van siendo registradas a través de la investigación arqueológica: comunidades cazadoras-recolectoras con una mayor diversificación en su dieta que puede incluir algunos productos domesticados, sin que por ello cambien sus estrategias económicas; prácticas agrícolas y ganaderas simples, con escasa diversificación y con una incipiente transformación del medio; y comunidades plenamente domésticas cuya práctica aboca “...al establecimiento de una agroecología a través de manipulaciones ambientales.” (Olària, 1998, 31). Estas últimas, entre las que creemos que debería incluirse Costamar, serán las artífices de los principales cambios sobre su entorno inmediato al aplicar técnicas como la quema y extracción de raíces de zonas arboladas para su transformación como espacio productivo intencionado; en este sentido, la utilización de animales domésticos como fuerza de trabajo y las estrategias en su control y selección premeditada, conformarán un nuevo modo de vida que se irá imponiendo poco a poco y que se manifestará en el registro arqueológico.

Así, ya desde un momento muy temprano se iniciará la ocupación de zonas llanas, construyendo espacios que se distribuyen alrededor de las áreas lagunares o en las proximidades de los cursos fluviales. En este momento, los productos vegetales serán seleccionados, manipulados y almacenados, acrecentando la complejidad de todos los aspectos sociales relacionados con la obtención y redistribución de los alimentos, con lo que la ocupación de una nueva área ya no se destinará únicamente a la captación de los recursos, sino también a su elaboración intencionada, lo que requiere el almacenaje de una parte del producto obtenido como reserva para el siguiente ciclo agrario, con las implicaciones de territorialidad, generación y gestión de nuevos espacios productivos que conlleva dicho proceso en el desarrollo de nuevos hábitos socio-culturales que tienden a la fijación y diseño de los espacios de hábitat y almacenaje.

Las comunidades que practican esta, aún incipiente agricultura, desarrollan un modo de vida gradualmente marcado por una visión cíclica y recurrente del tiempo que vendrá determinado por el ritmo de las escasas especies cultivadas. En paralelo, se desarrollará un nuevo modo de entender y percibir el medio, al sumar a las diversas áreas de captación de recursos estacionales o temporales los nuevos espacios de producción y reserva, con un carácter cada vez más estable, cuya socialización y conceptualización se manifiesta, de modo simbólico, mediante rituales y ceremonias que empezamos a inferir a través de las inhumaciones documentadas en estos mismos espacios.

La excavación de las estructuras negativas documentadas hasta la fecha han aportado una gran cantidad de restos que, interpretados desde la óptica del paisaje, aportan información relacionada con la apropiación del medio a través de la captación de recursos y de su transformación, de pasos naturales usados como verdaderas vías de comunicación que evidencian contactos extra-regionales, o de los espacios de trabajo y almacenaje, todos ellos culturalmente construidos.

LA CAPTACIÓN DE RECURSOS Y LA APROPIACIÓN DEL MEDIO

El aprovechamiento de los recursos naturales que revela el registro nos ayudará a formarnos una imagen más clara del paisaje neolítico en el área de estudio. Las características propias del entorno en el que se ubica el yacimiento revelan un medio diferente al actual, en el que ya se ha formado el humedal de agua dulce y el mar ha llegado a su fase final de ascenso del nivel marino postglaciar (Ruiz, Carmona, en este volumen); así, aunque la costa se encuentra más alejada, su acción termoreguladora propiciará el asentamiento de una comunidad que acabará transformando las tierras llanas con la finalidad de obtener recursos adicionales a los que le ofrece el medio que les acoge.

Los análisis antracológicos nos aportan datos relacionados con el medio inmediato y su explotación, en el que destaca el amplio predominio del pino carrasco (*Pinus halepensis*), seguido de lejos por la carrasca (*Quercus perennifolia*) y el acebuche (*Olea europaea*), mostrando la explotación de los recursos de un ecosistema caracterizado por la existencia de varios pisos climáticos debido a la presencia de montañas cercanas a la costa. De las conclusiones preliminares al estudio realizado por Carrión, cabe destacar el dominio de explotación del pino carrasco como recurso forestal, lo que podría estar relacionado de algún modo con las prácticas de deforestación necesarias para la agricultura (Carrión, en este volumen). En cuanto al acebuche, ha sido identificado como “...uno de los componentes más apetecibles y de buena digestibilidad por los ovicápridos y el vacuno.” (Badal, 1999, 74), por lo que habría podido ser recolectado como planta forrajera.

En este entorno, la comunidad agrícola y ganadera asentada en Costamar se proveerá de recursos como la obtención de materia prima (madera para construir las viviendas, herramientas, provisión de leña, etc.), actividad complementada con la obtención de los derivados de la caza y la recolección de frutos que, junto con el marisqueo –recolección de patélidos– (Carrasco, en este volumen), completarán la dieta (Salazar-García, en este volumen) de una comunidad que se moverá en un territorio, cuyo control y explotación intencionado conllevará una transformación sobre el entorno más inmediato.

Del análisis arqueozoológico realizado hay que destacar que la abundante fauna silvestre documentada (52 por ciento del total analizado) se caracteriza por su gran tamaño y rendimiento cárnico, con un predominio del ciervo, seguido del uro, caballo y jabalí. En lo concerniente a los domésticos, destaca el ganado vacuno, probablemente destinado a las tareas agrícolas, seguido del ganado ovicaprino, estando presente también el perro (López, en este volumen).

No obstante, al margen de los aspectos esencialmente prácticos relacionados con la subsistencia que se desprenden de los análisis realizados sobre los restos bióticos recuperados en Costamar, no hay que olvidar otros aspectos de orden cultural que, necesariamente, deben estar influyendo en ese proceso de apropiación del medio y en la construcción de un paisaje socialmente construido, y que deberemos inferir a través de la presencia o ausencia de determinados restos documentados en el asentamiento. Así por ejemplo, una de las cuestiones que llama la atención a este respecto es la inexistencia, (de momento ya que no se ha estudiado la totalidad del registro biótico), tanto de avifauna como de fauna silvestre de pequeño tamaño como el conejo o la liebre, esta última muy presente por lo general en los yacimientos documentados para esta fase en otras zonas o en yacimientos tan cercanos como la Cova de Petrolí, donde además está presente el cerdo (Aguilella, 2002-2003, 119). Los diferentes registros analizados se caracterizan, en primer lugar, por aportar datos relacionados con la documentación de diversas especies que, entre otras cosas, se han conservado tras haber “...sobrevivido a toda una serie de procesos tafonómicos y deposicionales...” (Rojo, Kunst, Garrido *et alii*, 2008, 263), además de revelar una serie de preferencias en su captura, que como ya expone Whittle, en su explicación deberán manejarse “...otras diversas variables para clasificar los animales (por ejemplo, su sabor, color, olor, los nichos medioambientales que ocupaban, su sociabilidad, su

tamaño.” (Rojo, Kunst, Garrido *et alii*, 2008, 263). Por tanto, habría que valorar no solo las preferencias culinarias como parte de su cultura inmaterial (selección de unas especies frente a otras), sino también el simbolismo que cada especie puede alcanzar en una comunidad determinada, distinguiendo entre los animales que pueden ser considerados “puros” e “impuros”. Así, en comunidades en las que una determinada especie es un manjar, en otras puede ser destinada a un sacrificio ritual y en otras ser tabú. Su selección, y con ello su representación o no en el registro arqueológico, puede obedecer a multitud de factores, entre los que el simbolismo puede proceder directamente del animal (animales sagrados) o bien del acto en sí de su caza y captura (incluyendo aspectos relacionados con los ritos de iniciación y de integración del individuo en la comunidad). Por otro lado, el control de determinadas especies domésticas puede desembocar en una escala de valores indicativos del prestigio, del poder y de la riqueza individual o colectiva, convirtiendo al animal en una moneda de cambio, no solo valorada desde el punto de vista estrictamente económico —a este respecto habrá que valorar el papel ejercido por el ganado vacuno, tanto en lo concerniente a su uso en las tareas agrícolas como su escaso aprovechamiento cárnico (López-Gila; García-Salazar, en este volumen)—, sino también desde la transacción social y ritual: ofrenda sagrada ante los dioses, ante la muerte, como celebración del nacimiento de un nuevo miembro o de su integración en la comunidad, como convenio entre familias mediante pactos matrimoniales o incluso en la celebración de determinados hechos conmemorativos que formen parte de la memoria colectiva de una comunidad.

Por tanto, y puesto que el ejemplo de la selección de ciertas especies animales es, desde el punto de vista cultural, aplicable a cualquier tipo de resto biótico y abiótico, en futuras investigaciones deberemos analizar posibles asociaciones recurrentes que nos permitan acercarnos a los factores de selección; en algunos casos estas evidencias son reconocibles, como por ejemplo la preferencia en la recolección de determinadas especies de moluscos para la confección de adornos corporales, o de algunos tipos de materia prima para la elaboración de diversos tipos de instrumentos, como el caso de la posible hoz fabricada sobre asta de cérvido (Sanfeliu, Flors, en este volumen) u otros más inusuales como el escoplo realizado sobre una pieza dental de mamífero marino (Orozco, en este volumen), etc. En otros casos en cambio son más difícilmente discernibles, como por ejemplo la selección de determinadas especies vegetales seleccionadas por sus propiedades mágicas o curativas que pueden llegar a implicar desplazamientos fuera del ecosistema más inmediato o su obtención a través de relaciones extralocales.

La manipulación y el control sobre las especies vegetales dará pie a la creación de un espacio agrícola inferido a través de las estructuras de almacenaje documentadas, ya que desafortunadamente, las muestras analizadas hasta el momento tan solo han deparado una única muestra de *Hordeum sp.* (Pérez-Jordà, en este volumen), si bien en este hecho no solo debe haber influido la escasez del muestreo (860 litros flotados de un total de 50 unidades estratigráficas de las cuales 21 pertenecen a esta fase), sino también los condicionantes relacionados con la conservación de restos vegetales de este periodo —de las 13 unidades estratigráficas analizadas de la fase islámica, ocho han proporcionado 79 restos pertenecientes a diversas especies— (Pérez-Jordà, en este volumen). Esta escasez de restos arqueobotánicos, incluso en las etapas posteriores en las que la agricultura está plenamente consolidada, debe hacernos plantear que la mayor o menor presencia de restos conservados en un registro dado no es argumento suficiente para asumir o no la práctica agrícola. Deberemos considerar otros elementos del registro arqueológico —caso de la industria tallada (García-Puchol, en este volumen) que nos permitan inferir de manera indirecta estos conocimientos, así como valorar otros aspectos relacionados con la interacción del individuo con su medio, ya planteados a través de las observaciones etnográficas (Hernando, 1996; González-Ruibal, 2003), y que nos harán entender mejor la variabilidad de posibles respuestas del individuo ante el medio a transformar.

Así pues, dentro del trabajo de procesado de las plantas, se ha constatado una abundante presencia de molinos de mano de los llamados de vaivén, que se corresponden con tipos barquiformes (según el grado de utilización) o también de tipo plano, de tamaños muy variables y que generalmente serían usados en el proceso de molturación de los granos de cereal, si bien podrán ser molidos diferentes productos como la sal o algunos frutos procedentes de la recolección como las bellotas, así como otros no destinados al uso alimentario, como el procesado para la obtención del ocre que tendrá un papel importante en la ornamentación del cuerpo y de determinados objetos

(García, Domingo, Roldán, 2006). Dichos molinos son fabricados sobre arenisca, muy abundante en los barrancos del área de estudio y del cercano Desert de Les Palmes, donde serían preparados –desbastado para la obtención de una cara plana y su posterior piqueteado para obtener el grado adecuado de fricción posterior durante la molienda– y desde allí serían transportados hasta el asentamiento, trabajo que requiere de gran esfuerzo físico si tenemos en cuenta el gran tamaño y peso de algunas de las muelas halladas durante la excavación.

Otro de los elementos de la cultura material del que se pueden extraer datos relativos a la transformación del medio es la industria pulimentada. En primer lugar hay que destacar la escasa presencia de hachas de piedra (Orozco, en este volumen), cuyo papel suele considerarse fundamental en la creación del nuevo tipo de paisaje que se está gestando; Natalia Alonso recoge los ensayos experimentales realizados por diferentes investigadores para comprobar la eficacia de este instrumental en el proceso de deforestación y que demuestran que un pino de 17 centímetros de diámetro puede ser talado en cinco minutos; las pruebas realizadas con otros tipos de árboles con diferentes grosores y grados de dureza han permitido contrastar la efectividad de las hachas líticas en este proceso (Alonso, 1999, 173). Extraña pues la escasez de hachas en este asentamiento, sobre todo habida cuenta de la presencia de azuelas y escoplos que se relacionan directamente con el trabajo de transformación de la madera (Orozco, en este volumen).

En general, el uso de las hachas y azadas está ligado a la apertura de nuevas áreas destinadas a la agricultura llamada “de azada” que es aquella que consiste en “...desbrozar un lugar, roturarlo, sembrarlo y recoger la cosecha, todo ello sin ponerla en barbecho ni abonar el campo cultivado, hasta agotar su capacidad de regeneración agrícola, abandonándolo a continuación.” (Gusi, 2001, 152). Habida cuenta que el registro tan solo ha proporcionado una hacha de este periodo y que no se ha constatado la presencia de ninguna pieza que pueda ser clasificada como azada, no podemos descartar que la apertura de nuevas áreas destinadas a la agricultura se realizara mediante la quema in situ de la vegetación que ocupa el terreno, que puede ser forestal o arbustivo, método que no requiere demasiado esfuerzo y que no implica un trabajo directo del suelo, pudiendo usar animales en el posterior proceso de limpieza de los troncos caídos (Alonso, 1999, 171; López-Gila, en este volumen). El trabajo de siembra se realizaría posiblemente “...a colpet o a mates.” (Alonso, 1999, 178), el método más simple en el que se depositan las semillas en los agujeros realizados en la tierra con el uso de un palo cavador o de una laya, ambos instrumentos realizados sobre madera o incluso mediante la utilización como materia prima de una cornamenta de ciervo preparada al efecto. Todo ello nos lleva a considerar que estemos ante áreas reducidas de tipo hortícola, con la posible alternancia de cultivos de cereal con leguminosas y con periodos alternos de descanso en el que podrían pastar los animales, ayudando así a la regeneración de una tierra, por lo demás supuestamente fértil al estar ubicada junto a una laguna.

Las industria pulimentada de Costamar está fabricada sobre materiales cuya procedencia es foránea, siendo el caso más extraño el de un anillo-disco “...pieza desconocida en los contextos neolíticos peninsulares.” (Orozco, en este volumen), constituyendo un elemento más de intercambio que manifiesta contactos de largo recorrido (los paralelos más cercanos se encuentran en Francia); únicamente a través de los análisis petrográficos se podrá determinar el origen de dicha pieza que, a tenor de otros hallazgos documentados –como el collar de variscita cuyo origen habría que buscarlo en las minas de Gavà en Barcelona (Bosch, Estrada, 1994; Noaín, 1999)–, confirmaría el uso continuado del corredor litoral, al menos desde el periodo neolítico.

Otros elementos líticos que confirman los trabajos agrícolas lo constituyen las piezas fabricadas sobre sílex, especialmente abundantes las de talla laminar que después serán enmangadas, entre otros usos, para la fabricación de diversos tipos de hoces, como la posible hoz que presentamos en este mismo volumen y que tendría sus paralelos más próximos en uno de los ejemplares recuperados en La Draga (Bosch, Chinchilla, Tarrús, 2006, 29, fig. 24).

Las características de la materia prima predominante no nos permiten confirmar aún las zonas de captación, a pesar de que en las proximidades de los barrancos cercanos, como el área identificada durante las prospecciones a la que llamamos “taller de sílex”, podría estar relacionada con Costamar; a ello hay que añadir que se han documentado algunas piezas laminares de mayor tamaño y de grano fino que quizás se obtuvieran mediante intercambio o bien de áreas de captación situadas más al interior, en especial las de sílex de color negro que podrían proceder del otro lado

de la Plana de l'Arc, en las inmediaciones de la Rambla de la Viuda (Josep Casabó, comunicación personal) si bien no podemos descartar otras posibles procedencias al estar pendientes los estudios que permitan confirmar este extremo.

Todo parece indicar que en las áreas de aprovisionamiento del sílex en estado natural se realizarían las primeras tareas de desbastado y preparación, y posteriormente la talla para la obtención final de las piezas se llevaría a cabo en el asentamiento (García-Puchol, en este volumen). Así, aunque se han recuperado grandes cantidades de fragmentos de productos de lascado, apenas existen lascas corticales de primera extracción; así mismo, tras la extracción final de las láminas, los núcleos recuperados están muy agotados presentando morfologías poliédricas. Aunque también aparecen instrumentos como los taladros, perforadores, raspadores, raederas y buriles, la mayor parte de las piezas son de tipo laminar, retocados o no y que por lo general “...serán utilizados preferentemente en el procesado de las plantas no leñosas, la piel o la carne.” (Gibaja, Palomo, Terradas, 2005, 226); en cuanto a los trabajos relativos a las plantas, la gran mayoría parecen estar relacionados con las labores de siega así como con la posterior separación de las espigas o el corte de los tallos.

Por otro lado, continúa la presencia de formas geométricas que serán usados como elementos de proyectil, funcionando como puntas cuya capacidad de incisión probaría las actividades cinegéticas ya que servirían para matar presas de tamaño pequeño y mediano (Gibaja, Palomo, Terradas, 2005, 226), si bien como ya se ha mencionado, la fauna documentada de momento en Costamar se caracteriza más bien por su gran tamaño y rendimiento cárnico (López-Gila, en este volumen).

Finalmente debemos hablar de otro tipo de objetos que se encuentran bien representados en el asentamiento de Costamar: los vasos cerámicos. El proceso de fabricación de los vasos requiere del acopio de arcillas aptas para la elaboración de los recipientes. Aunque aún no se han podido realizar los análisis de pastas, la observación macroscópica de los cortes de algunos fragmentos nos permite apreciar la presencia de desgrasantes –mayoritariamente de tipo calizo pero también con presencia de pequeños nódulos de chamota y de cuarzo (las catalogadas bajo el código de lisa tosca)–, que ayudarán a establecer las diferentes áreas de captación de la materia prima, así como del aprovisionamiento de elementos minerales añadidos como desgrasantes, como pudiera ser el cuarzo, del que hemos hallado varios fragmentos en el interior de algunas estructuras (sobre todo de la fase inicial) y cuyas áreas de aprovisionamiento parecen encontrarse en las inmediaciones de la sierra del Señor o de Oropesa.

Pero la cerámica no es tan solo un elemento físico del que cabe evaluar su composición mineral. Las similitudes formales y decorativas de los vasos cerámicos con otros documentados en yacimientos a corta, media y larga distancia, ofrecen una visión general de uniformidad en cuanto al uso de unas técnicas y diseños decorativos que revelan un lenguaje simbólico común; así, elementos como los zigzags, las guirnaldas, los triángulos rellenos, etc. forman parte de un contexto cultural que es plasmado sobre este y otros soportes –arte parietal, vestidos, tatuajes, etc.– y cuyos conceptos son transmitidos, compartidos, imitados y sobre todo comprendidos por las comunidades que los usan, siendo vehículo de identificación y de cohesión grupal.

ESPACIOS PRODUCTIVOS, SOCIALES Y SIMBÓLICOS: LA GENERACIÓN DE UN PAISAJE CULTURAL

El proceso de la investigación sobre los restos documentados, basado en el análisis de los estratos de amortización discontinuos, nos está permitiendo identificar posibles agrupaciones de estructuras que son definitivamente cerradas en un mismo momento, empezando a vislumbrar determinados hábitos relacionados con la amortización de las estructuras como posibles vertederos secundarios. Así, aunque un silo es reutilizado tantas veces como su estado lo permite (Alonso, 1999, 208), las características del substrato arcilloso en el que se crean las estructuras de Costamar genera un problema en su posible reutilización. Tras vaciar su contenido, la estructura podría ser limpiada para su posterior uso, para lo cual debería ser protegida y cubierta temporalmente de algún modo, bien introduciendo abundantes restos vegetales, piedras o bien rellenándola con tierra para evitar así el desplome de sus paredes. No obstante, según las observaciones etnográficas, un silo que va a ser reutilizado suele ser tapado dejándolo vacío (Alonso, 1999, 208); esta práctica la hemos podido comprobar personalmente en intervenciones arqueológicas de diversos periodos, pero en

todos los casos los silos habían sido excavados en la roca. En cambio en el caso de Costamar, si algo hemos podido constatar durante los trabajos de campo es que, tras unos días de lluvias, las estructuras ya excavadas se habían rellenado de la tierra circundante por arrastre, creando cárcavas y derrumbes en las paredes, generando formas irregulares muy diferentes a las documentadas (véanse fotos del CD adjunto).

Como consecuencia, todo parece indicar que para poder darle un uso continuado a las estructuras excavadas en el área que estamos analizando, sería necesaria su cubrición mediante algún tipo de techado que las protegiera de las inclemencias del tiempo, lo que quizás explicaría la disposición de ciertas agrupaciones que invitan a pensar en la posibilidad de que estuvieran protegidos bajo un chamizo o incluso cercados de algún modo, por ejemplo mediante la presencia de plantas de tallo espinoso que los protegieran del trasiego de los animales del entorno, si bien este tipo de elementos no han dejado evidencias arqueológicas que permitan demostrarlo.

Si asumimos este tipo de cubriciones, en especial las documentadas etnográficamente formando montículos de tierra o con techos cónicos realizados con cañas y arcilla (Alonso, 1999, 207) estaríamos hablando de un paisaje claramente antrópico, un verdadero “campo de silos” –al margen de la funcionalidad final de cada estructura, ya que no todas servirían para almacenar cereales– con toda la complejidad social derivada de esta práctica de control y redistribución de los recursos. Si nos atenemos a su definición, un “campo de silos” es entendido como un “...*grup d’unes desenes de sitges o més, no relacionades directament amb estructures d’hàbitat, generalment fora dels poblats.*” (Alonso, 1999, 201). Además de quedar definido como un espacio especializado destinado al almacenamiento de las reservas de una comunidad, hay que destacar las implicaciones que se derivan en lo concerniente a la transformación del territorio: preparación previa de una extensión delimitada, construcción de las estructuras y de sus cubriciones, y su adecuación respecto del espacio de hábitat y del espacio productivo relacionado con el área de almacenaje.

Todo ello implica unas relaciones sociales determinadas por la capacidad de movilización y gestión del reparto del trabajo en las tareas de preparación y construcción de dichos espacios –habría que valorar el papel de las llamadas “...*fiestas o banquetes de trabajo.*” destinadas a “...*congregar grupos de trabajadores que lleven a cabo tareas idénticas, no especializadas;*...” (Orozco, Bernabeu, Molina *et alii* 2008, 178)–, y que, en todo caso, serían coordinadas por uno o varios miembros de la comunidad, facultados de un poder de congregación suficiente como para prever las necesidades y proyectar un espacio culturalmente construido. La disposición espacial de las estructuras que se observa en el registro (Figs. 37-40 del subapartado “Sincronía y diacronía en Costamar. Las primeras fases de ocupación”) no puede ser casual, revelando una planificación intencional del espacio de modo circular –o más exactamente en arcos– que se van abriendo en dirección oeste. Así pues, como apunta Márquez, los llamados “campos de silos” responden a “...*la fisonomía que adopta un fenómeno ritual arquitectónico y monumental [...] como una estrategia más en la construcción del territorio.*” (Márquez, 2001, 212). De este modo, la inexistencia de fosos circulares para esta fase inicial de Costamar parece verse sustituida por un marco espacial igualmente circular, formado por la excavación de estructuras negativas que, en el caso de estar cubiertas como se documenta en algunos paralelos etnográficos, ofrecería un paisaje visible cuyo diseño, construcción, mantenimiento y vigilancia, –lo que incluye su protección ante posibles robos–, requiere nuevamente de una responsabilidad de orden social, asumida por la comunidad y que recaería sobre algunos de sus miembros.

A todo esto hay que añadir el carácter de uso de los silos desde el punto de vista económico y de su propiedad; si asumimos que estas estructuras están destinadas a guardar las reservas de grano (entre otras posibles utilidades) para el siguiente ciclo agrario, podría inferirse que a través de las relaciones comunales de tipo clánico o tribal se ordenarían y gestionarían dichas reservas en aras de la supervivencia del grupo. Una cuestión muy diferente se plantea cuando se enfoca el problema desde la propiedad familiar de los silos; aún a riesgo de estar trasladando modos de vida y relaciones sociales complejas, por otra parte bien documentadas a través de la antropología, las estructuras constatadas en Costamar podrían revelar modelos de agrupación (por lo general formando microespacios protegidos o cubiertos como ya hemos apuntado más arriba) que respondan a propiedades de tipo familiar y privado, por lo que dentro de un amplio espacio comunal quedarían agrupadas las estructuras de almacenaje de las diferentes familias, hecho que estaría constatando un modo de vida aldeano, así como la adopción de reglas o costumbres en el dominio y transmisión

hereditario de las posesiones familiares. Esta apropiación individual de una parte de los recursos, unido al papel desempeñado por determinados miembros con capacidad para coordinar y dirigir (trabajos, ceremonias, intercambios, etc.) puede generar una concentración excesiva de poder que será controlado mediante instituciones (chamanes, consejos de notables, ancianos, etc.) que permitirán reestablecer y mantener el equilibrio (Laburthe-Tolra, Warnier, 1998, 92).

La distribución de las estructuras documentadas para la fase inciso-impresa, contrasta de manera clara con la nueva planificación del espacio registrada por las estructuras asociadas a las cerámicas lisas (segunda mitad del IV milenio, primeros siglos del III milenio cal BC), en el que los dos grandes fosos son los elementos que mejor definen y estructuran el espacio analizado (Figs. 35, 36 del subapartado "Sincronía y diacronía en Costamar. Las primeras fases de ocupación"). El grupo estratigráfico 173/146, situado al norte, pudo ser excavado en un largo tramo, mientras que el situado más al sur, el 194, de momento únicamente ha sido excavado en el espacio en que se veía afectado por un vial. La construcción de esta estructura (173/146), debido a su largo recorrido documentado en 176 metros, debió implicar el esfuerzo de la comunidad y nuevamente nos encontramos ante una intervención dirigida y previamente planificada, puesta de relevancia a través de la adecuación de un buen número de estructuras a la linealidad del foso, revelando una intencionalidad en la construcción del espacio. Existe un paralelo documentado en la zona alicantina, concretamente en el yacimiento del Tossal de les Basses (Roser, Fuentes, 2007, 21), en el que una estructura negativa muy similar es interpretada como un foso de drenaje, funcionalidad que creemos como la más probable para los dos fosos registrados en Costamar.

Para la fase del neolítico antiguo alicantino se han documentado otro tipo de fosos, muy semejantes a los excavados en el ámbito europeo de sección en "U", que por sus características monumentales abarcando un amplio espacio circular, por la inversión en horas necesarias para su construcción, así como por sus relaciones con los núcleos de hábitat y lugares de especial relevancia ideológica, han sido considerados como estructuras de tipo simbólico que concentraría y daría cohesión a diversas comunidades asentadas en un amplio territorio de carácter comarcal, paralelizables al mundo simbólico y territorial megalítico (Bernabeu, Orozco, Díez *et alii*, 2003; Bernabeu, Orozco, 2005; García, Barton, Bernabeu, 2008; Orozco, Bernabeu, Molina *et alii* 2008).

Coetáneos a los fosos de Costamar se han documentado otro tipo de fosos, relacionados con la delimitación de los espacios habitados, por lo general con una sección en "V" y de planta circular. Según Márquez, estos "recintos prehistóricos atrincherados" forman un espacio social en el que se desarrollan eventos especiales, con el mantenimiento y reelaboración de las zanjas y cuya morfología final "...no necesariamente corresponde a la inicial u originaria y que su construcción es siempre acumulativa, por lo que solo puede ser comprendida en su propia secuencia." (Márquez, 2001, 213). Considera estos recintos atrincherados como parte del reflejo social que revela una clara movilidad en la que "...los desplazamientos de hombres y animales se debieron ajustar a ciclos socialmente prescritos." (Márquez, 2001, 214), por lo que su frecuentación sería "...periódica y obligada..." y resultado de una "...aceptación de reglas ancestrales de movilidad por el paisaje." (Márquez, 2001, 214). Así, dichos desplazamientos tendrían diversa naturaleza y criterios que estarían ligados a aspectos subsistenciales como el aprovechamiento de recursos, sociales como los ritos de iniciación y pactos matrimoniales, y simbólicos, estos últimos relacionados con "...actos de hierofanía o manifestación de lo sagrado...", con lo que, según su visión, "...cada pozo o depósito sería prueba del retorno de un determinado grupo a un lugar." (Márquez, 2001, 214).

No es descartable que pudieran haber existido en la zona de estudio otro tipo de elementos de carácter simbólico. A medida que avanzan las investigaciones sobre el neolítico se van incorporando nuevas evidencias relacionadas con la complejidad social o magico-religiosa de las primeras comunidades agrícolas. Por desgracia, dichas evidencias no siempre son tan perceptibles como determinadas manifestaciones pictóricas, cuevas sacralizadas, fosos o megalitos; en una zona como la que nos atañe, en la que hasta el día de hoy no se han identificado restos de este tipo, no debemos pasar por alto la posible existencia de un patrimonio intangible. Nuestra visión actual del paisaje neolítico no debería excluir la posible existencia de una percepción diferente que no requiera de grandes transformaciones antrópicas; un monte, un arroyo, un bosque o un árbol, en definitiva un lugar determinado, con una significación especial otorgada por una comunidad, puede convertirse en un punto simbólico de congregación, de cohesión intergrupal o familiar. Se trata de la percepción

de lo intangible, por el que un lugar puede llegar a convertirse en un centro de actividades de gran significación festiva y/o simbólica, que conforma un complejo proceso de acciones encaminadas a ese fin, en el que exista un poder de congregación capaz de reunir a quienes tienen el derecho de asistir, así como de excluir al resto. Esta complejidad, como es obvio, difícilmente quedará reflejada en el registro arqueológico.

LA PERCEPCIÓN DEL REGISTRO EN LA INTERPRETACIÓN DE LOS “HOYOS”

Como hemos visto, los restos bióticos y los artefactos recuperados del interior de las estructuras permiten una primera aproximación a las estrategias de captación y producción cuya visión, en todo caso, se encuentra mediatizada por la presencia o ausencia de determinados elementos en un registro que ha llegado hasta nosotros tras haber sido descartado por la comunidad que los creó, usó y, finalmente, abandonó. Este proceso de abandono definitivo, intencional o no y con todos sus estadios intermedios, genera registros parciales (no se encuentra representada más que una parte de la cultura material de la comunidad) que revelan pautas culturales que han sido abordadas por diversos investigadores a partir de observaciones etnográficas. Así, la gestión de los residuos y su papel en la formación del registro arqueológico ha generado un rico debate sobre el significado cultural, social y simbólico de los desechos y su reivindicación ante nuestra moderna visión occidental que los concibe como “basura”. La gran variedad de opciones posibles ante un mismo hecho cultural, el descarte de restos (González-Ruibal, 2003, 56-66), sobre todo cuando estos se reparten en el interior de estructuras negativas, nos lleva a plantearnos nuevamente cuestiones como la formación de los rellenos, su significación y los problemas de su interpretación.

A pesar de las dificultades inherentes al propio registro, la gran cantidad de estructuras documentadas nos ha permitido aproximarnos a las variantes constatadas en su proceso de amortización (véase el análisis de correlación artefactual y de rellenos en el subapartado “Sincronía y diacronía en Costamar. Las primeras fases de ocupación”), cuyos resultados nos ofrecen una visión particular sobre la interpretación relativa al uso final de las estructuras negativas a las que las investigaciones más reciente están denominando, de modo genérico, “hoyos”.

La mayor parte de las estructuras negativas documentadas en Costamar son lo que en la historiografía tradicional se ha venido denominando “fondos de cabaña”, “silos” o también “cubetas”, “pozos”, etc. (véase a este respecto la crítica sobre este tipo de interpretaciones realizada por Jiménez-Jáimez, 2007). Las investigaciones más recientes en cambio, abogan por el uso del término “hoyos”, al tratarse de una “...denominación más neutral e imprecisa [que] se ajusta mejor a una realidad tan compleja y difícil de interpretar.” (Rojo, Kunst, Garrido *et alii*, 2008, 365). Estos autores realizan una amplia revisión de las diferentes teorías que en los últimos años han abordado el problema de su interpretación, derivado de la propia variabilidad del registro documentado en el interior de los “hoyos” y que revelan únicamente su uso final, siendo su relleno y las acciones que lo generan, social y culturalmente mucho más complejas que la función original que se le presupone a la estructura misma.

Así, la observación del registro ha planteado dudas sobre la interpretación tradicional de estas estructuras según la cual, tras su uso, serían utilizadas como simples “basureros”; la documentación, en ocasiones, de recipientes cerámicos prácticamente enteros, piezas activas y pasivas de molinos, instrumental lítico variado, restos de animales articulados, enterramientos de restos humanos con claros rituales de deposición, algunas veces acompañados de artefactos que son interpretados como ofrendas, etc., parece arrojar dudas sobre su funcionalidad final, lo que para muchos investigadores revela “...algo más complejo que la rutinaria gestión de los desechos domésticos.” (Rojo, Kunst, Garrido *et alii*, 2008, 366).

Esta complejidad reflejada en el registro arqueológico, ha sido interpretada desde varias ópticas con novedosos planteamientos nacidos de la observación etnográfica que, si bien en nuestra opinión no pueden aplicarse a la totalidad del registro ni a todos los momentos, evidencian no obstante unas pautas de comportamiento social y simbólico que pueden aproximarnos a la realidad de una parte del mismo. Así pues, analizaremos el caso de Costamar contrastando algunas de las ideas vertidas por la investigación más reciente (principalmente anglosajona) que son recogidas y analizadas de manera muy amplia en el estudio realizado sobre el valle de Ambrona, remitiendo al lector a esta

obra para una mayor información sobre el debate planteado (véase en Rojo, Kunst, Garrido *et alii*, 2008, en especial las páginas 365 a 430).

Como ya hemos visto en el análisis realizado sobre los rellenos de las estructuras de Costamar, sólo una parte contienen restos desechados provenientes de una estratificación preexistente (áreas de acumulación), y se caracterizan por la presencia variable de cultura material (fragmentos cerámicos, piezas líticas, productos de talla, material pétreo, etc.) y elementos orgánicos (fauna, carbones, malacología, semillas, etc.). La interpretación de este tipo de amortizaciones parece estar revelando actividades de limpieza del área habitada y de los depósitos acumulados en sus alrededores, manifestando con ello una voluntad de permanencia estable y de control de los espacios de hábitat y almacenaje que contrasta con las evidencias etnográficas de comunidades de tipo nómada o semisedentarias que, tras un periodo de permanencia en un lugar, lo abandona para, transcurrido un tiempo, volver a establecerse en la misma zona, pero no sobre el mismo espacio que ya ha sido ocupado con anterioridad, de lo que se infiere que la propia insalubridad generada por la actividad de dicha comunidad sobre la primera área, motiva ahora el desplazamiento de la zona de hábitat a un nuevo lugar cercano, generando así un registro arqueológico extenso (González-Ruibal, 2003, 58). Aunque la etnografía demuestra que la convivencia con la basura es un hecho cultural con múltiples variables (González-Ruibal, 2001, 19), la permanencia por periodos prolongados y de asentamientos estables, suele implicar la existencia de áreas de acumulación de desechos que convive con áreas libres de ellos (González-Ruibal, 2003, 64), y que se dan acciones de traslado de estos desechos para ser enterrados, bien en “hoyos” en desuso o que incluso se construyen con este fin. La existencia previa de áreas de acumulación es un hecho que parece adecuarse bien al registro de Costamar y que explica la existencia de restos fáunicos afectados por agentes climáticos (López-Gila, en este volumen), así como la presencia de fragmentos de un mismo vaso distribuidos en diferentes estructuras, como ya hemos visto, en ocasiones espacialmente alejadas, pero que obedecen a un acto de amortización con desechos provenientes de un mismo lugar. Esta idea, basada en los datos inferidos a través del registro de Costamar, nos permite hablar de “basura” en términos absolutos y de acciones intencionales de salubridad relacionadas con la gestión de los residuos, lo que además explica la existencia de estructuras con abundantes restos de todo tipo, frente a otras que no contienen restos o que a lo sumo, su escasez permite deducir que son lanzados a su interior de un modo fortuito, como parte de la tierra y piedras que forman el relleno con el que se cierra la estructura.

Ahora bien, si esta “basura” tan solo refleja una respuesta práctica ante restos que son percibidos únicamente como molestos e insalubres, hecho difícilmente aceptable si observamos el registro etnográfico, se nos plantea la duda razonable ante estructuras que, siempre bajo nuestra óptica de arqueólogos modernos, son interpretadas como singulares al documentarse inhumaciones en su interior, planteándose un conflicto entre nuestra percepción de la significación otorgada a la inhumación en sí misma y el relleno que la acompaña, que lejos de ser singular, presenta cantidades igualmente variables de esos mismos restos que para las demás estructuras hemos interpretado como “basura”. Según las investigaciones más recientes, ante este conflicto solo cabe una explicación: si el registro revela que el tratamiento de los restos óseos, tanto humanos como de algunos animales, manifiesta una clara disposición intencional como la postura, su ubicación dentro de la estructura y en ocasiones coincidencias en su orientación, denotando un claro ceremonial de deposición; y si observamos que además son enterrados con un relleno en el que se presentan restos de artefactos y de elementos orgánicos, idéntico a los observados en tantas otras estructuras donde estos mismos restos han sido interpretados como “basura”... entonces no nos queda más remedio que elevar los restos desechados al rango de singulares y, con ello, dotarlos de significación simbólica considerándolos “...depósitos formalizados de desechos.” (vid. Rojo, Kunst, Garrido *et alii*, 2008, 366), también calificados como “...auténticos depósitos estructurados.” (Márquez, 2004, 134).

Llegado a este punto, el siguiente paso es el de ofrecer explicaciones alternativas a este tipo de depósitos, ampliando la visión sobre el concepto cultural de la “basura” y, a partir de un registro aparentemente caótico en la composición de sus rellenos, buscar una significación al acto de la deposición.

A partir de esta necesidad explicativa surgen diversas teorías que buscan explicar aspectos como la recurrente ocupación de determinados espacios, los rituales de abandono del asentamiento a través de las deposiciones documentadas, la significación otorgada por las comunidades neolíticas

a los restos desechados, etc. Estas teorías (véase en Rojo, Kunst, Garrido *et alii*, 2008, 365 ss.) asumen por tanto que las sociedades prehistóricas se relacionan de un modo diferente con los desechos, lo que a todas luces choca con nuestra visión mercantilista, moderna y occidental sobre los mismos, abriendo así novedosas percepciones sobre el registro documentado y generando nuevos conceptos como los “paisajes de la memoria” de Thomas o la denominada “polución de la muerte” defendida por Whittle (Rojo, Kunst, Garrido *et alii*, 2008, 368). En el primer caso, la recurrencia en la ocupación de un mismo espacio tras un intervalo determinado de tiempo (por ejemplo de unas pocas generaciones) vendría a corroborar que existe un arraigo a un lugar determinado, mantenido a través de la tradición y la transmisión oral, que permitiría argumentar dicha teoría. No obstante, debemos valorar otros factores en la reocupación de un espacio, e incluso intentar explicar sus vacíos, sobre todo cuando la distancia temporal entre unas comunidades y otras puede superar el millar de años como en el caso de Costamar. Así, aspectos como las características geológicas, la cercanía a surgencias de agua, la existencia de recursos que pueden ser explotados (forestales, marinos,...), las vías naturales de comunicación, etc., son motivos más que suficientes como para que una zona sea reocupada en diversos periodos, en ocasiones separados en el tiempo centenares de años, sin que exista necesariamente un vínculo común o de permanencia en la memoria de un conocimiento previo (¿transmitido de generación en generación a través de la tradición oral?), explicándose de este modo la presencia de determinadas zonas que son reiteradamente ocupadas como la de Costamar (a este respecto puede verse el mapa de las dispersiones localizadas durante la prospección, figura 5 del subapartado “Prospecciones arqueológicas: métodos aplicados y resultados” y comparar las áreas de la fase ibérica con las andalusíes para observar pautas similares de ocupación sin necesidad de que exista una conexión de transmisión o de una memoria común entre ambas culturas).

En cuanto a la segunda teoría, la coincidencia del momento de abandono de un asentamiento con la constatación de un único enterramiento que (supuestamente) constituye el depósito más moderno del registro documentado, es difícil de comprobar, incluso a través de su datación radiocarbónica, sobre todo si aceptamos que ésta refleja un segmento temporal bastante amplio debido a su calibración (Mestres, 2003; 2008; Barceló, 2008), a lo que hay que añadir que dicho margen de probabilidad estadística puede coincidir con el de otras estructuras (incluso con las aún no descubiertas, habida cuenta la extensión que pueden alcanzar este tipo de yacimientos). Por otro lado, tampoco explicaría la existencia de verdaderas necrópolis como la de Los Cascajos (García, Sesma, 2007), por lo que deberemos ser cautos al intentar evaluar los posibles momentos de abandono y/o reocupación de un asentamiento como el de Costamar siguiendo las premisas expuestas en dicha teoría en la que el relleno intencional de las estructuras tiene el “...objetivo de marcar diferentes lugares de un territorio en el cual estos grupos trazaron un complejo ciclo de idas y venidas...” (Rojo, Kunst, Garrido *et alii*, 2008, 368; *vid. supra* Márquez, 2001, 214).

Llegados a este punto, la singularidad otorgada a una inhumación ¿debe ser interpretada de modo independiente al resto de las estructuras que sólo contienen restos de desechos? Todo parece apuntar a que una cantidad variable de desechos son arrojados al interior de las estructuras que contienen restos humanos, como un acto más de la ceremonia de inhumación, con toda su posible carga ritual y simbólica pero con una concepción diferente a lo reflejado por otras culturas que disponen de un modo ordenado varios objetos alrededor del difunto como ofrenda.

Como ya hemos visto, los restos de desechos asociados a las inhumaciones revelan que se trata exactamente de los mismos elementos que podemos encontrar en el resto de las estructuras coetáneas a los enterramientos, sin ninguna diferencia, ni cuantitativa ni cualitativa, que implique una consideración especial de la estructura salvo el propio cuerpo allí depositado. Algunos investigadores abogan por la existencia de una representación simbólica con una clara “...vinculación entre las creencias funerarias y la manipulación-conservación...” del cereal (García, Sesma, 55), en este caso inferidas a través de la gran necrópolis de Los Cascajos, e igualmente defendidas para el enterramiento de La Lámpara (Rojo, Kunst, Garrido *et alii*, 2008, 393). El registro de Costamar permite igualmente establecer algunas pautas que invitan a pensar en los nuevos conceptos simbólicos y rituales derivados del nuevo modo de vida agrícola. Por un lado tendríamos la propia forma de las estructuras usadas como lugares de enterramiento que, o bien son reaprovechadas o bien han sido creadas ex profeso recreando las mismas características formales que las destinadas al almacenaje, connotación que nos transmitiría una percepción simbólica de estas comunidades con respecto al

ciclo agrario y la carga mágico-religiosa de unas estructuras que permiten preservar las semillas para su futura germinación y renacimiento (Rojo, Kunst, Garrido *et alii*, 2008, 393). Además, la propia ubicación del inhumado en un entorno caracterizado por la presencia masiva de estructuras que, en su mayoría, originalmente parecen estar destinadas a estos fines, denota cuando menos un nuevo modo de entender el espacio e implica un fuerte significado de apropiación del mismo.

Esta significación espacial puede verse traducida en la propia disposición de las estructuras y en los posibles aspectos relacionados con su identificación. Nos estamos refiriendo a la inhumación 254-507 en la que todo parece indicar que se usaron intencionalmente elementos de señalización perdurables. Aunque este tipo de señalización no es frecuente, sí lo es la aparición de piedras y alguna losa cubriendo la capa superior de la fosa y sellando el enterramiento. Así, el sellado intencional parece haberse documentado en otros lugares como en La Lámpara (Rojo, Kunst, Garrido *et alii*, 2008, 388) y en la necrópolis de Los Cascajos (García, Sesma, 2007, 55) donde se registran varios casos, si bien nos interesa subrayar la presencia de una estructura junto a esta necrópolis que ha sido calificada de singular, en la que según sus excavadores se documentó una “...*gran acumulación de fauna consumida de forma simultánea*.” (García, Sesma, 2007, 55). En esta estructura aparecían además “...*los restos de una losa hincada vertical muy troceada, a modo de hito*...” (García, Sesma, 2007, 55). Queremos destacar este hecho ya que, a las características del posible hito que identificaría nuestra estructura, debemos añadir la presencia de un segundo hito, el grupo estratigráfico 174-427, a tan solo 10 metros al sur de esta inhumación. Se trata de un gran bloque de piedra caliza, de planta aproximadamente triangular, con una altura de 0,70 metros y una anchura aproximada de 0,60 por 0,30 metros y que apareció hincado y aislado, sin señalar ninguna estructura subyacente y bajo el cual únicamente se halló una pequeña hoja de sílex con el dorso rebajado y minúsculos fragmentos de cerámica a mano. Por desgracia, no podemos establecer una relación de coetaneidad con el resto de las estructuras, por lo que dicho hito fue adscrito al grupo de los indeterminados.

El problema inherente a la hora de evaluar las connotaciones simbólicas de las estructuras en las que se han documentado inhumaciones es, sin duda, el derivado de la mayor o menor significación que queramos asignar a los rellenos de las estructuras usadas como depósito funerario y de aquellas que se encuentran más próximas. Como hemos visto, dos de las inhumaciones aparecen aisladas, sin formar agrupaciones con otras estructuras, pero los rasgos que las definen hace que sean muy diferentes: la 254-507, sin apenas materiales (un fragmento informe, un decorado y cinco restos de talla), sin cenizas, pero singularizada con su posible señalización mediante un hito; este registro contrasta sin duda con la 310-512, también aislada y cubierta con piedras, pero que presentaba además un lecho de cenizas, abundante fauna, así como una gran cantidad de artefactos (274 fragmentos lisos, 46 decorados, 65 restos de talla y 9 útiles), entre los que destacan los ornamentos personales que el inhumado conservaba.

En cuanto al enterramiento infantil 257-510, también asociado a un lecho de cenizas, forma una agrupación con otras dos estructuras, si bien plantea el problema de la identificación de relaciones sincrónicas de amortización; en efecto, las estructuras 253-506 y 256-509 que la acompañan, presentan escasos restos cerámicos (59 y 27 fragmentos respectivamente frente a los 314 fragmentos que aparecen en la inhumación) y líticos (20 restos de talla y tres útiles en la 253-506; cinco útiles en la 256-509, mientras que a la inhumación se asocian 71 restos de talla y 11 útiles) y no ha sido posible establecer relaciones que puedan demostrar una amortización coetánea de las dos estructuras próximas con la del enterramiento; en cambio, la estructura que alberga la inhumación, mantiene una relación probable con la 238-491 (en la agrupación 25), situada a casi 50 metros en dirección suroeste y en la que los restos recuperados también son abundantes (164 informes, 25 decorados, 61 restos de talla y 17 útiles).

En cuanto a la inhumación 285-538, situada en la agrupación 44 (formada por 21 estructuras, aunque no ha sido posible relacionarla de momento con ninguna estructura a través del casado de materiales), se localiza junto a la 325-578, ubicada a menos de un metro al suroeste. Para ésta última, su consideración como estructura singular vendría avalada por la presencia —al igual que en el caso de la que contiene la inhumación—, de un lecho de cenizas (¿creado durante el ritual de enterramiento?), así como un mayor número de fragmentos cerámicos (142 frente a los 58 fragmentos que acompañan el relleno de la inhumación), un fragmento de molino e incluso las astas de un ciervo entre los restos de fauna recuperados. Nuevamente podemos hablar de percepción, casualidad del

registro y del papel del propio investigador que es al final quien decide qué elementos del registro son singulares y cuales no. Si nos atenemos a este ejemplo y observamos el registro de las seis estructuras más cercanas a la de esta inhumación, concluiremos que el conjunto presenta una alta significación ritual; no en vano, dos de las estructuras presentan un lecho de cenizas como parte de su relleno y cuatro de las seis han permitido recuperar restos de astas de cérvido en su interior (entre ellas, en las dos que presentan el lecho de cenizas). Si además usamos el número total de fragmentos recuperados para evaluar la significación de este grupo de estructuras obtendremos un total de 847 fragmentos cerámicos desigualmente repartidos ya que, curiosamente, la que presenta la mayor cantidad de artefactos (grupo stratigráfico 284-537, con 285 fragmentos lisos, 31 decorados, 61 restos de talla y 17 útiles) no tiene restos de astas ni lecho de cenizas.

Así pues, cabe plantear nuevos interrogantes; en primer lugar, las estructuras con inhumaciones presentan un número variable de artefactos, en unos casos bastante destacados y en otros escasos o prácticamente testimoniales. Los lechos de cenizas aparecen en tres de ellas frente a la única que no lo presenta pero que muestra un bloque, originalmente hincado, que puede estar señalizando –y por tanto singularizando– la inhumación. Los restos de astas pueden ser considerados como elementos (¿simbólicos?, ¿apotropaicos?...) cargados de una significación magico-religiosa. El mayor o menor número de fragmentos cerámicos y líticos, la presencia de abundante fauna, malacología, de restos de molinos, etc. puede ser interpretada como altamente significativa e intentar buscar explicaciones relacionadas con deposiciones intencionales ligadas a ciertas ceremonias y eventos trascendentes para la comunidad que los ha generado.

Pero todo ello no hace más que evidenciar nuestra necesidad de explicar las diferencias sobre el registro documentado. Las teorías relacionadas con actos de deposición intencional como formalización del abandono del asentamiento desarrolladas por Pollard y asumidas por muchos autores (véase en Rojo, Kunst, Garrido *et alii*, 2008, 372), en los que se presume un acto de selección previa “...de fragmentos desechados en la rutina de la vida doméstica...” que son interpretados como un acto “...de recuerdo y conmemoración sobre eventos concretos... [en el que] ...el papel activo de los objetos sería servir de instrumentos evocadores de esos recuerdos.” (Rojo, Kunst, Garrido *et alii*, 2008, 373), nos lleva nuevamente a la necesidad de interpretar un registro en el que los desechos no pueden ser considerados como tales, sino como una parte integrante de la comunidad que los dota de significación propia, usándolos en complejos rituales (selección de restos, recuerdos simbólicos, afianzamiento de lazos con el pasado y ocultamiento definitivo en el interior de las estructuras antes del abandono definitivo del lugar).

Si comparamos la estructura 000-010 con la 000-039 veremos que su registro es muy similar: abundantes restos de fragmentos cerámicos, restos de fauna y malacología, carbones y cenizas, fragmentos de molinos... todos ellos repartidos a lo largo del depósito de manera desordenada, revelando que han sido arrojados a su interior junto con tierra y piedras. La generación de ambos depósitos como último uso de la estructura es claramente intencional, aunque el acto en sí de su obliteración refleja que ha sido realizado de un modo desordenado, dando a entender que los restos han sido echados en el interior de la estructura sin que medie una preparación que vaya más allá de su propio traslado desde un lugar de acumulación previo más o menos distante. Se trata por tanto, o al menos eso parece, de un mismo acto que ha generado un mismo tipo de registro; a partir de dicho registro, es difícil percibir si realmente estamos ante un abandono o un retorno al asentamiento, ante los restos de un banquete, un acto ceremonial, un acto de limpieza de un ámbito doméstico o de un área de acumulación de residuos, etc., pero en todo caso (analizando la variabilidad particular de cada relleno) no parece que haya existido una selección intencional de los fragmentos y demás restos documentados con el fin de depositarlos definitivamente en el interior de la estructura. ¿Debemos por tanto descartar que estemos ante acciones intencionales relacionadas con la gestión de los residuos?, o ¿hasta que punto podemos inferir actos simbólicos ligados a rituales de abandono a través de los depósitos documentados?

Obviamente no podemos trasladar nuestros esquemas mentales modernos a sociedades primitivas y considerar como única opción que nos encontramos ante simples “basureros”, pero debemos señalar que nuestra percepción sobre la formación de los dos registros puestos como ejemplo nos plantea una duda razonable: el mismo tipo de relleno ¿puede estar en ocasiones estructurado, ser producto de actos simbólicos derivados de una relación entre los restos depositados y la comu-

nidad que los generó, mientras que en otras ocasiones es el fruto de actos cotidianos, domésticos, relacionados con el mantenimiento de la salubridad, y por tanto percibidos como desechos? La diferencia básica observada entre los dos rellenos de las estructuras que nos sirven de ejemplo es su distancia cronológica: mientras que la estructura 000-039 pertenece a la fase inciso-impresa, la 000-010 se adscribe a la fase andalusí.

Es lógico pensar que ambas acciones tan distantes en el tiempo, han sido concebidas y conceptualizadas de un modo diferente, aunque en esencia acaban formando un mismo tipo de registro arqueológico. Las relaciones simbólicas con los objetos, o incluso con sus restos, con los residuos de actividades cotidianas (vaciados de hogares, restos de comida, fragmentos de artefactos, etc.) no son universales, determinando cada sociedad unas formas de proceder que evidencian respuestas muy diferentes, si bien existen rasgos recurrentes (existencia de áreas de acumulación cercanas a la zona de hábitat, reciclaje de artefactos, traslado de restos para su ocultación final, etc.) que generan episodios habituales y cotidianos que no precisan de eventos especiales para la comunidad, si bien, como es obvio, determinados acontecimientos (rituales, fiestas, actos de congregación...) también pueden crear el mismo tipo de registro, sin que nos sea posible discernir los actos que los han generado.